



# CUENTOS DIVERSOS

Primer concurso nacional de narrativa breve

# CUENTOS DIVERSOS

Primer concurso nacional  
de narrativa breve

## **CUENTOS DIVERSOS**

### **Primer concurso nacional de narrativa breve**

---

**Érika Farías**

Alcaldesa

**María Isabela Godoy**

Presidenta de Fundarte

**Héctor Campos**

Secretario General de Fundarte

**Arturo Giménez**

Jefe de Unidad de la oficina de la Sexo Diversidad

Diseño y concepto gráfico general: **Luis Manuel Alfonso**

Depósito Legal: **DC2018002191**

#### **FUNDARTE.**

Avenida Lecuna, Edificio Empresarial Cipreses, Mezzanina 1,  
Urb. Santa Teresa Zona Postal 1010, Distrito Capital, Caracas-Venezuela

Teléfonos: (58-212) 541-70-77 / 542-45-54

Correo electrónico: fundarteeditorial@gmail.com

Gerencia de Publicaciones y Ediciones

## Homenajeamos a Vanessa Nobile

*¡Urgencia de morir!  
y renacer  
con menos peso en el sufrimiento  
con la dicha hecha  
con el cuerpo sujeto a otra hembra  
con la memoria colmada de experiencias  
con la experiencia de mil vidas.*

Cada frase es un grito de libertad y reconocimiento, proclama de otredad. Hoy, homenajeamos tu vida, tu obra y tu lucha con el poder transformador de la palabra y la acción.

Oficina de la diversidad sexual  
Alcaldía de Caracas

## **DICTAMEN DEL CONCURSO NACIONAL DE NARRATIVA BREVE “CUENTOS DIVERSOS”**

---

En Caracas, el 20 de Septiembre del 2018, el jurado del concurso NACIONAL DE NARRATIVA BREVE “CUENTOS DIVERSOS” designado por las autoridades de la Oficina de la Diversidad Sexual del Municipio Bolivariano Libertador, constituido por Jeniffer Gutiérrez Seijas, Rosana Álvarez y Alejandro López por unanimidad decidió otorgar los siguientes premios:

1º Premio: Título: **“Cuando las plumas se caen”**,  
Seudónimo: Bruno Mateo.

2º Premio: Título: **“La hora del juego”**,  
Oscar Villanueva.

3º Premio: Titulo: **“ El mas allá de un cuerpo”**  
Nubia González.

CUANDO  
LAS PLUMAS  
SE CAEN.

## **CUANDO LAS PLUMAS SE CAEN.**

---

por Bruno Mateo

**P**or toda la vieja casona de Sabana Grande se puede oler el delicioso aroma del asado negro con su toque de papelón. Orgullo de Mauricio. Herencia de sus ancestros femeninos, descendientes de Don Pedro Núñez y Doña Augusta Marín de Núñez, que por muchos años, vivieron en la casa Sin Número de la esquina El Cuño en la Parroquia Altagracia. Son las cinco de la tarde. A esa hora, la montaña del Waraira que bordea toda la ciudad de Caracas, refleja una gama hermosa de colores cálidos. Las ruidosas guacamayas cruzan el cielo como abriendo paso a la noche. Mauricio, un sexagenario amante de la ópera, en particular de María Callas, prepara una cena especial; asado negro dulce, cubierto de clavos de especias, canela, malagueta y una pizca de nuez moscada, ensalada de aguacate con hojas de pira, puré de papas con queso blanco rallado, ajo molido y un toque de pimienta negra, como postre, plátanos endulzados con papelón, malojillo y pimienta guayabita, para beber, carato de parchitas; muy a pesar de que su médico le dijo que no

comiera tan opíparamente en las cenas; sin embargo, ese día es único. Hoy es 3 de enero y hoy, exactamente, hace cuarenta años conoció a Omar, su esposo, como él lo llama, diez años mayor que él.

-¡Omar! ¿Qué haces? ¿Quieres canela en los plátanos?

Omar no escucha. Está en el cuarto. Lucha por ponerse el pañal. Ya no controla los esfínteres, aunque todavía conserva su cincelado cuerpo trabajado en gimnasio, recuerdo de cuando era Omar Colina, *el tiburón de Caraballeda*, boxeador de peso pesado, ganador de algunos certámenes boxísticos.

-¡Esta vaina no me sirve!, grita Omar desde dentro del cuarto.

Mientras tanto, Mauricio, ha puesto "*Cuando llora un estrella*" del músico venezolano Antonio Carrillo. Para él, ese 3 de enero es el día más feliz de su vida. Ya no está con su papá, ese hombre, que le dio tanto maltrato desde niño, hasta que a los dieciséis años, abandonó a su querida mamá, dejándola sola con aquel señor que tantas veces le dijo, ¡Maldito degenerado! En las noches de su juventud después de salir de la Gioconda, el bar que permitía el acceso a esos "tipos raros" ubicado en la esquina de Piñango en las cercanías del Capitolio, se iba a la casa Sin Número para ver, de lejos, su antiguo hogar. De allí no pasó. Ni siquiera cuando su madre falleció.



El estricto padre no le permitió asistir al sepelio y tuvo que conformarse con llorar en la habitación de la pieza que alquilaba en la esquina del Carmen de la avenida Baralt. Desde esa noche, se juró a sí mismo ser feliz, como tantas veces, se lo repetía, Doña Paula, su madre. Es por ello, que Mau, como ella le decía, decidió hacer lo que le satisfacía.

-*¡Coño, Mau, ayúdame con esta vaina!*, dijo Omar al salir a la sala de la casa de ambos.

-*Déjame ayudarte*, respondió cariñoso Mauricio.

Y después de ayudar a Omar a ponerse el pañal, con esa misma ternura que, históricamente, se les ha negado, en tantas ocasiones, a los homosexuales, se sentaron a la mesa. Ellos comen, lentamente, como si quisieran detener para siempre ese instante. De pronto, el timbre del teléfono hace que regresen a la realidad, y con la voz del hijo de Omar al otro lado del auricular, la realidad se le torna un tanto amarga para su papá, sin saber que el mismo Mauricio decidió invitar al joven a la cena para hacer, por fin, la paz que tanto anhelaba, pero se equivoca...Omar Enrique, como se llama el hijo de Omar, no vendría a la celebración de lo que él señalaba como una aberración antinatural, a pesar de que su juventud debía marcarle una mentalidad más abierta. El par de viejos cenaron en silencio, cada uno con sus pensamientos, pero con una quietud que sólo el amor puede dar.

Al día siguiente, Mauricio se levanta, con melancolía. Su plan de reconciliación falló. Fue directo a la cocina a montar en el budare las arepas para el desayuno, sin saber que Omar charla con su hijo desde su teléfono.

-¡Omar! ¡Ven a desayunar!, dice Mauricio mientras coloca la comida sobre la mesa.

Al poco rato, Omar sale de la habitación y Mauricio nota algo extraño en él. El antiguo boxeador no dice una sola palabra, hasta que rompe el silencio.

-*Mau, se me olvidó darte tu regalo anoche*, se levanta de la mesa y busca algo debajo del mueble principal. Se acerca al equipo de sonido, coloca un disco compacto. La voz de María Callas arropa todo el espacio.

-*¡Un Vel Di Vedremo! ¡La Divina María Callas!*, dice plenamente Mauricio.

Con solamente ver las lágrimas en los ojos de Mauricio se puede sentir la profunda alegría que siente.

-*Pero, eso no es todo. Ya vengo. Voy a buscar tu otro regalo. Es una sorpresa*, dijo emocionado Omar.

*-Mira que no estoy para sorpresas. A la señora de más arriba le quisieron dar una sorpresa. Se la llevaron todo el día fuera de la casa. La llevaron a una peluquería, luego a un restaurante y cuando la trajeron de vuelta a su hogar y abrieron la puerta, su familia y amigos le habían preparado una fiesta. Al entrar, le gritaron: ¡Sorpresa! Y la vieja cayó tendida al suelo, de la emoción. ¡No me gustan las sorpresas!, refutó Mauricio.*

Igualmente, Omar sale de la casa a buscar su otro regalo. Mauricio queda en expectativa, solo en la casa. Escucha la mágica voz de la Callas. Al poco rato, se oye la voz de Omar que lo invita a cerrar los ojos. Mauricio obedece e inmediatamente entra Omar con un enorme cuadro.

*-¡Abre los ojos!, le pide.*

Mauricio no puede creer lo que ve. Es un retrato de su mamá Paula. Las lágrimas ruedan por sus mejillas. Los recuerdos de cuando era niño aparecen por su mente. De cuando él jugaba en aquella casa de Altagracia. El aroma de los deliciosos mangos que caían en mayo por todo el patio. Y él se sentía el niño más feliz del mundo.

*¡Gracias!, le dice a Omar con lágrimas en los ojos. Me haces muy feliz, finaliza de acotar.*

Así transcurre el día de ambos. Felices. Como si el resto de la humanidad no existiera, sin saber, por supuesto, que el siguiente día será el más aciago de sus vidas.

Muy temprano, Mauricio oye un ruido y trata de levantar a Omar quien se encuentra a su lado. Omar no está. Mauricio se levanta muy asustado para dirigirse a la sala. En el lugar se encuentra su esposo arrojando todo a su alrededor. Parece un animal encerrado. La lámpara de mesa vuela por los aires frente a los ojos aterrorizados de Mau. No sabe lo que sucede. Omar está fuera de control.

¡Déjame salir!, grita Omar. ¿Dónde está Mau?, agarra por los brazos a Mauricio.

¡Soy yo! ¿No me reconoces?, le dice atemorizado. ¡Soy yo! ¡Mauricio!

Al poco rato, Omar se percató de la realidad y sollozante abraza a su compañero de cuatro décadas.

*-¡No me abandones nunca! ¡No me abandones, Mau!, suplica entre lágrimas.*

Al regresar del médico. Omar, silenciosamente se va hacia su habitación; mientras que Mauricio queda pensativo en la casa.

El diagnóstico de Alzheimer no se lo esperaba. Sólo es cuestión de tiempo para que su Omar desapareciera en las oquedades de la memoria. Desde ese día se propuso hacer de los últimos días de vida consciente de su esposo, como él lo llamaba, los más felices. Sin saber que la sombra del hijo de Omar rondaba por su espacio.

Los días, los meses, transcurrieron en perfecta armonía. En muchas ocasiones, Omar se perdía en las nebulosas de sus recuerdos, pero eso no le importaba a Mauricio quien lo cuidaba como el mejor de los esposos.

Una mañana, al parecer, como cualquiera otra, se aparece Omar Enrique a la puerta de la casa de ambos. Al menos hasta ese momento, Mauricio creía eso. La sorpresa de ver a ese muchacho que nunca visitaba a su papá ni siquiera después de que supo que padecía de ese mal fue mayúscula. Por un instante, Mau pensó que venía de visita, al poco rato se dio cuenta de que no es así. El joven vino a llevarse a su padre lejos de él. Quiere internarlo en un geriátrico, sin importarles la relación de ambos. Para él, cuarenta años de dormir juntos, compartir las buenas y las malas no es una relación de verdad. Son dos hombres y ese vínculo no es de verdad. Es más, es antinatural. Como es natural, Mauricio se opone a esa decisión, para él, tan denigrante. No se explica cómo pretende alejar a su Omar después de cuarenta años. Lamentablemente, no había ningún

lazo legal que le permitiera detener al hijo. Nunca se casaron de verdad. Las leyes en su país son adversas para dos personas del mismo sexo que se juntan para formar una familia. A eso de las 10, vinieron dos hombres, se llevaron a Omar; entre lloriqueos y resignación histórica el viejo homosexual vio como alejan un pedazo de su vida.

*-Mauricio, ¿para dónde me llevan estos hombres?, pregunta angustiado Omar.*

No hubo respuesta. El conticinio del momento habla por ambos. Mauricio sintió que se le caía el mundo. Omar Enrique, una persona cualquiera parece que tiene más poder que el amor que se profesa ese par de ancianos. No hay nada que pueda hacer. Las plumas del fénix de los dos se caen. Nunca más se vieron. El hijo no lo permitió. Lo último que se le escuchó decir a Omar, ***el tiburón de Caraballeda***, fue: ¡*Mauricio!*

**-FIN-**

LA HORA  
DEL JUEGO.

# LA HORA DEL JUEGO

---

por Oscar Villanueva

**E**ra un día común de clases para todos los estudiantes, excepto para Martín. Su familia se había mudado a otra ciudad y tuvo que cambiarse de institución a mediados de año. Por suerte para él, el día parecía haber empezado de buena forma. Seguía adaptándose a su nuevo salón, pero le gustaba cómo era el trato con sus profesores. También se daba cuenta de que sus compañeros intervenían mucho en clase, ocurrencia que poco existía en su colegio anterior.

Llegada la hora del recreo, todos salen a jugar en el patio de la escuela y Martín se queda dentro del aula. La maestra, intrigada, se acerca y le pregunta por qué no va con los demás afuera. El chico se queda mirándola, pensando en una respuesta que suene convincente para que le permitiera estar allí. Pasan unos minutos y se queda sin palabras, por lo que decide salir sin dar ninguna explicación.



Al día siguiente, Martín intenta quedarse nuevamente dentro de las cuatro paredes. La diferencia es que esta vez sabía lo que le diría a su maestra para permanecer en ese espacio. Decide no esperar a que ella le pregunte por qué no va con los otros niños y le comenta: *“Profe, ¿me puedo quedar dentro del salón?”*.

La educadora, satisfecha porque el niño había decidido expresarse, le responde: *“Claro, pero cada cierto tiempo voy a pasar por aquí para estar pendiente de ti. La única condición es que me prometas que no harás travesuras, ¿está bien?”*.

El niño, entusiasmado, asiente con su cabeza y la autoridad se retira.

Apenas siente que su compañía se ha ido, el chico se dirige rápidamente al final del aula, busca su bolso y saca sus juguetes. La maestra, se asoma en la puerta del aula y le pregunta a Martín si todo está bien. El niño está de espaldas, voltea sorprendido y asiente con su cabeza nuevamente. La joven se extraña un poco, aunque no le da mucha importancia. Todo parece estar en orden.

Inicia otro día y Martín está emocionado en su colegio. Durante su clase no puede dejar de pensar en la hora del recreo. La maestra nota su alegría porque ha hecho intervenciones

sobre el tema que está abordando. Al terminar la hora de la asignatura, el chico se queda en el aula sin preguntarle a la profesora. Esta vez no es el único que quiere quedarse, Manuel estaba sentado en su pupitre y carecía de motivación para levantarse de ahí.

Al ver esta situación, la maestra le pide a ambos que salgan del aula. Los dos niños la miran al escucharla, sin ejecutar movimiento alguno. La educadora repite el mandato nuevamente y ambos continúan ignorando sus palabras. Al ver este comportamiento, la joven se aproxima a donde está cada estudiante, los toma de las manos y los retira del salón. Esta fue la segunda vez en la que Martín salió al patio durante este horario. Era su tercer día en esta escuela y otra vez le habían negado jugar en el aula.

Para él, todo parecía ser gris otra vez. Veía como los demás niños corrían, gritaban y jugaban juntos; algo que no era muy apetecedor para el estudiante. Se sentía asfixiado. No le gustaba el hecho de tener a tantas personas alrededor de él. Todo esto le recordaba a su antiguo colegio, por lo que quería salir corriendo y desaparecer de ese lugar. Sin embargo, no lo hizo. Decidió sentarse en un rincón a que acabara el tiempo de diversión para los demás y de desesperación para él, tal como lo había hecho en antiguas oportunidades.

De pronto, el día había acabado. Ya era hora de que Martín fuera a su casa y éste estaba aliviado por ello. Esa noche, el niño no pudo dormir, ya que se puso a pensar en un plan para poder quedarse solo en el aula nuevamente.

Cuarto día de clases y Martín estaba preparado para que llegara el momento de descanso. Esta vez lo esperaba con ansias porque sus clases alimentaban su cansancio. Al momento en que la maestra les pide a todos los estudiantes que salgan al recreo, el niño se acerca a ella y le pregunta si se puede quedar en el salón. La joven se intriga y le cuestiona por qué no quiere salir, a lo que contesta: *“Lo que pasa es que me gusta jugar, y si saco mis juguetes me da miedo que me los puedan romper”*.

La educadora se queda pensativa. Llena de dudas, al final le permite estar en el aula. Esta vez, la condición era que los demás niños no lo notaran porque si lo hacían también querrían quedarse.

Cuando ella sale, el niño vuelve a su lugar de juego. Luego de un rato, Manuel pasa por el salón y se da cuenta que alguien está ahí dentro. Por lo que se dirige corriendo hacia donde la maestra y le dice que hay un niño en el salón, que vaya a regañarlo porque ayer a él lo habían sacado. La maestra le indica que se calme, que ella le había dado permiso. Le

recomendó que olvidara que alguien estaba allí y se pusiera a jugar con sus compañeros.

Manuel, enfurecido, decide contarles a los demás niños que había alguien en el salón y que a él no lo dejaban estar ahí. Esto hizo que los otros sintieran que había un consentido en la clase, así que fueron juntos al recinto.

Al llegar, encontraron a Martín jugando con muñecas. Todos se burlaron de él. La maestra se dirigió al aula con rapidez al escuchar el alboroto y encontró al chico llorando en el suelo. El niño no dejaba de llorar y susurraba: “*otra vez no*”. La educadora se percató de lo que había sucedido. En ese instante, la joven se sentía culpable. Sentía que había fracasado en su trabajo. Todos los demás se habían retirado cuando llegó la maestra. Ella instantáneamente fue a abrazarlo e intentaba tranquilizarlo. Le comentaba que eso no tenía nada de malo, que ella también jugó con muñecos. Después de unos minutos el estudiante dejó de llorar, sin comentar nada al respecto.

Había culminado el receso y todos los estudiantes debían entrar. Martín estaba aterrado, sabía que este momento era decisivo. El niño estaba consciente de que el rumbo de su estadía escolar sería determinado en esos minutos. Estaba decidido a marcar la diferencia entre el colegio anterior y el nuevo, pero sentía que aún no era el momento indicado. Por eso, cuando

los demás entraron no dijo ni una palabra. Todo el grupo hizo como si nada hubiese ocurrido hasta que terminó la clase. Finalmente, se fueron a sus casas.

Martín estuvo pensando qué hacer al día siguiente. No sabía cómo reaccionar, qué decir, si debía olvidarlo o si debía preocuparse. Esta vez no tuvo mucho tiempo de pensar. Estaba agotado por todo el tiempo de vigilia de la noche anterior.

El comienzo del día se caracterizó por la tranquilidad. Sus clases se habían impartido con toda normalidad y parecía que el acontecimiento ya había quedado en el pasado. Sin embargo, esta vez no esperaba con entusiasmo el receso. De hecho, estaba feliz de sentir que los minutos pasaban como un caracol. El niño imaginaba el caracol recorriendo cada una de las marcas del reloj analógico y cuando menos lo esperaba, sonó la campana. Era la primera vez que la escuchaba y la maestra le explicó que estaba en reparación.

Esta vez la educadora fue la que le preguntó si quería salir con sus compañeros o si prefería quedarse. Lo impresionante para ella fue la respuesta que Martín le dio: *“Profe, hoy quiero salir, pero espere para sacar mis juguetes”*. La maestra estaba feliz de la decisión que había tomado el niño, así que esperó a que él saliera para retirarse.

Una vez afuera, Martín estaba nervioso. Veía a los demás y creía que todas sus miradas estaban sobre él. Sentía nuevamente el asfixia, solo que esta vez quería combatirla. El niño respiró hondo y caminó hacia un banco que estaba despejado. Allí, dejó sus juguetes y empezó a jugar. Él se daba cuenta de que todos los niños a su alrededor lo miraban como si fuera un extraterrestre. Incluso, sentía que otras maestras lo hacían.

Pasados diez minutos, todos sus nervios se habían ido. Ya no le importaba si lo miraban o no, le daba igual si lo estaban juzgando. Lo importante para él era que estaba divirtiéndose sin temor. Las burlas del día anterior no existían en su mente, y mucho menos las de su otro colegio.

Para su sorpresa, alguien se le acerca. Era Manuel. Al notar su presencia, Martín se asusta. No sabía qué hacer. De pronto, todos los sentimientos que pensaba desaparecidos habían florecido en mayor magnitud. El otro chico se dio cuenta, y dijo: *“Tranquilo, no me voy a burlar”*. Rápidamente, Martín refuta: *“Entonces, ¿qué haces aquí?”*. A lo lejos se escuchaban risas tímidas de los amigos de Manuel, y éste contesta: *“No les prestes atención, lo hacen porque les gusta molestar y ya”*.

Martín decide ignorarlo y empieza a recoger sus juguetes. De repente, Manuel toma una de las muñecas y comenta: *“Quiero jugar contigo”*. Martín queda totalmente inmóvil,

nunca había esperado algo así. El otro empieza a jugar por sí solo, y luego de unos minutos Martín se une. Juntos crean una historia sobre superhéroes.

Desde ese día, todos los recreos de Martín eran acompañados de Manuel. Siempre jugaban juntos y cambiaban las aventuras. Incluso, hubo días en los que Manuel llevaba muñecas que le prestaba su hermana.

Martín me contó la historia de cómo se conocieron hace cinco años, cuando era mi vecino. También me dijo que la profesora volvió a tener contacto con ellos luego de mucho tiempo. Hace dos años, me enteré que lograron casarse.

**-FIN-**





# EL MÁS ALLÁ DE UN CUERPO

---

por Nubia González

**B**uscaba un lugar alejado, tranquilo donde la naturaleza me impregnara de olores, y el silencio de la noche me estremeciera, para renovar mi mente con los personajes de mi próxima novela. Busqué por prensa, visité varias propiedades pero en ninguna sentí ese toque fascinante que atrapara mi presencia, hasta que decidí contratar los servicios de una inmobiliaria. Una tarde, cuando me disponía a servirme un vino, suena mi celular, era el corredor informándome que tenían algo en alquiler con opción a compra que me podía gustar, muy a las afueras con vista al mar y a pie de montaña. Parto de Ciudad de Plata, hasta Playa Atlántida donde me esperaba el agente de la inmobiliaria. Después de una breve presentación, nos trasladamos a Playa Mansa el lugar donde se encuentra la propiedad.

Al llegar, el sonido del choque de aguas y aroma de playa desojaban el cemento de mi cuerpo.

– Tiene tres dormitorios, un estudio, dos baños y una de las habitaciones con vista al mar. Continuaba con su presentación el corredor, mientras yo sólo observaba con atención dejándome abrazar por la quietud y el azul que abanicaba mis ojos.

– No es una casa moderna, pero tiene todas las comodidades, está totalmente amoblada e inclusive tiene hasta un piano.

Esto último me llamo la atención

– “¿Un piano en la playa?”

– ¡Si! parece ser que hace tiempo vinieron a filmar un comercial y no se sabe por qué razón no han venido a retirar el piano.

Sentí cierto confort en la casa; el mar, las gaviotas, el tropezar del viento limpio, la hermosa decoración del pequeño jardín con caminos de piedras que dibujan sobre la arena figuras geométricas, quecalzan armoniosamente con las pequeñas plantas.

El sonido de la escritura ya revoloteaba en mis pulpejos. Algo me decía que pronto encontraría los, o el personaje de mi novela.

Luego de tres días de desempacar y organizarme un poco, decido sentarme a escribir. Con un gran ventanal que daba al mar y un tapiz de estrellas, encendí la computadora. Reviso mis redes dando tiempo a que aparezca el tema... ¡Nada! Escribo. Borro... ¡No llega! Viajo entre cada idea para desarrollar la historia. No quería permitirme darle protagonismo a mi ansiedad. Ya de madrugada con la cabeza agotada de repasar insustancialmente varios argumentos, voy a la cama, prendo la tele y me arropo. Era mi costumbre dormir totalmente cubierto por las sábanas. Mientras miraba el programa, escucho sonar una tecla del piano, (pienso que pudo ser un sonido de la tele), no quise detenerme en detalles que pudieran alterar la imaginación. Al despertar, no tengo sábanas, todas están a una orilla de la cama, amontonadas y el pijama casi por la rodilla. No entiendo qué pasó, eso nunca me había ocurrido. Seguramente era producto del agotamiento. Seguro caí profundo, despojándome de todo durante el sueño.

Decido ducharme. Mientras lo hacía sentí que algo me observaba. Recojo rápidamente las cortinas. Me decía a mí mismo: “Tranquilo Rafael. Todo está bien. El miedo es de nenas”. Salgo, y cuando estoy frente al espejo lavándome la boca, veo como entre la capa que deja el vapor sobre el espejo se lee:

**“El Rinconcillo”.** De manera impulsiva paso la mano sobre el espejo y borro. Salgo sin mirar hacia atrás, como si al hacerlo

dejara el asombro empotrado en el baño. Me visto, y voy a dar una vuelta por el pueblo: “Seguramente era algo que había escrito el último inquilino y con el vapor volvió a aparecer”. Esa palabra, no me decía nada.

Ya en casa, con el cerebro puesto en mis dedos, retomo mi objetivo: Mi novela.

Abro mi laptop, y me concentro en la historia. Nuevamente escucho dos notas del piano; ¡Volteo, rápidamente! No pude haberme equivocado, tenía el piano a mi espalda, y fue nítido el sonido. Además, ningún aparato está encendido. Examinó el piano, le doy la vuelta, ¿qué pudo ser? “Rafa nada de miedo. No eres mariposa. Todo tiene una explicación”. Pero ¿cuál? es un antiguo piano. El marfil de las teclas, el calor de playa... ¡No más! A escribir.

Cuando me siento veo algo en la pantalla, **“Las morrillas-de Jaén”**; Las morrillas son unos hongos comestibles. ¡No entiendo! ¿Qué pasa?, ¿Quién lo escribió?

Alguien me está jugando una broma. ¿Qué significa eso? Lo borro, pensando es algo viral, (un troyano que salto mi antivirus) ¿Qué pasa? Salgo, busco una cerveza. Cuando regreso, nuevamente en pantalla leo **“Impresiones y Paisajes”**. De verdad, ¡no entiendo! ¿Qué carajo pasa? Lo que sí sabía

era que algo me producía temor, pero a su vez me atraía. Era una situación extraordinariamente emocionante que podía detonar mi creatividad. Busco otra cerveza y al regresar ***“Así pasen 5 años”*** ¿Qué es eso? “¿Así pasen cinco años?, ¿para qué?” En el momento no encontraba relación, eran palabras perdidas sin concepto y sin sentido.

– “Ok, ¿Quién está por allí?,... ¿Algún fantasma rochelero o rochelera que quiera decirme algo?” .Suena nuevamente una tecla– “¡Ay, Rafa! Contrólate. Reza un Padre Nuestro. Recuerda que tú no eres marica”. Volteo rápidamente mirando el piano. Me coloco en un ángulo donde vea los dos objetivos, piano y laptop...Y nada en la pantalla, “¡Uff! Son las cervezas. A dormir, que ya mañana será otro día”. Me lanzo en la cama. Me arropo, y entre el cuello y la oreja siento una respiración. Aprieto los ojos y...

– *“Padre nuestro que estas en los cielos”*... Algo se desliza en mi espalda; Una lengua, o unos labios, (no puedo definirlo). Pequeños mordiscos en mis nalgas,... *“Santificado sea tu nombre”* Lo que fuera, no me desagrada, pero seguro era una entidad femenina... *“Venga a nosotros tu reino”*. Ahora sentía que acariciaban mi pene, y a pesar del miedo que corría por mi cuerpo, lo sentía crecer. *“Hágase tu voluntad aquí en la tierra como en el cielo”*... Sentía como las venas de mi pene brotaban y latían– “¡Ay, Dios! Siento que mis tetillas se ponen

duras. Se erizan mis poros. Siento contracciones. *“Como en el cielo”*... ¡Como en el cielo! Mis testículos eran acariciados de una manera que nunca antes ninguna mujer lo había hecho. El temblor y las contracciones en mi ano, y pene, erantan incontrolables como mi respiración, agitada. El sudor resbalaba por mi vientre. -“Seguro que aquí vivió una golfa” ¡Uy!, mi glande estaba a punto de estallar. Siento una tibieza ligera, pero definida lamer cada depresión de mi recto, hasta despertar el centro de mi sol, y sentir los latidos ansiosos que piden ser devorados. No recuerdo nada más hasta el amanecer, cuando pude observar semen en piernas y sábanas. Entro al baño, con la misma sensación de ser observado: “Pero, bueno Rafa, a los vivos es a los que hay que temerle”, y bueno...

– “¡Mami soy todo tuyoooo!”, lo de anoche me gustó”. Salgo de la ducha y veo de inmediato el espejo, esperando encontrar una palabra, pero, nada. Abro mi computadora y allí estaba el mensaje ***“Mira detrás de tu retina, pero mira con ojos de amor”***.

Decidí responder:

– “¿Quién eres?”. No recibo señales. Decido contestar algunos correos. Entre los correos se cuelan unos versos entre comillas:

– ***“Dejaré mi boca entre tus piernas”***

– “¿Quién eres?, ¿Qué quieres?”

– **“Dejaré a tú lado mi corazón frío”**. “Así transcurrían las noches y los días, buscando alguna pista en email.

– “¿De dónde eres?”

Leo entre comillas

– **“Fuente Vaqueros”**. No podía definir, pero no me eran indiferentes esas palabras, (ya lo había escuchado antes). No quería perder el contacto. De alguna manera sentía atracción por esta situación tan fascinante. Cada frase, o verso, me atrapaba. Las noches más ardientes eran esperadas en mi cama. Cada mensaje amarraba mi alma.

– **“Laaurora nos unió sobre la cama,  
las bocas puestas sobre el chorro helado  
de una sangre sin fin que se derrama”**

– “¿Cuéntame cómo eras?”. Solo versos eran sus respuestas, pero igual, había magia.

– **“Si el amor dormido tu cuerpo tocara”**

– “¿Por qué a mí?”

***“Te llamas como mi último amante, Rafael”***

¡Al fin una respuesta concreta! Quería preguntar tantas cosas, pero a la vez temía hacer algo que le molestara y no respondiera más.

– “Pero... ¿aparte del nombre?”

***–“Hay almas a las que uno quiere asomarse  
como una ventana al sol”***

– “Soy escritor, reconozco el buen manejo de este arte, ¿Tienes alguna relación con la escritura, o eso también te atrae de mí?”

***–“Llaga de amor que me dará la vida  
perpetua sangre y pura luz brotando”***

-(Volvió a lo mismo)...Quisiera saber... ¿qué sientes por mí?

***“No viste por el aire transparente,  
una dalia de penas y alegrías  
que te mandó mi corazón caliente”***



Todos los días despertaba entre semen y versos. Cada vez tenía más necesidad de saber, de conocerle. Por las cosas que escribía, sabía que era alguien de letras, muy educada y de cierta clase social. No solo dejaba sus versos, a veces mientras yo escribía, tocaba el piano. Me fui acostumbrando a su presencia, (me gustaba sentirla), despertaba en mí una necesidad. Cada verso, estaba lleno de emociones y sensaciones que definía a un ser sensible y delicado.

– “¿Algún día me dirás tu nombre?”

***“Llena pues de palabras mi locura  
o déjame vivir en mi serena  
noche del alma para siempre oscura”***

– “¿Alguna situación en especial marco tu vida?”

***“¿Que voy a hacer, ordenar los paisajes?”***

¿Ordenar los amores que luego son fotografías y bocanadas,

***de sangre?”***

–“¿Son tuyos todos estos versos?”

– ***“Dame más vueltas alrededor,  
jugando a la noria del amor”***

– “Quiero saber más de ti”.

– ***“Pero yo te sufrí, Rasgué mis venas,  
tigre y paloma, sobre tu cintura  
en duelo de mordiscos y azucenas”***

– “Por favor, dime más, quiero confesar tu alma. Todos los días espero con ansiedad saber, conocer. Cada día despiertas cosas nuevas, que me atan y atraen. Solo espero encontrarte en un mensaje después de sentirte cada noche en mi cama”.

– “¿Cómo te llamas?”

– ***“Bodas de sangre”.***

– Las únicas bodas de sangre que conozco son las del poeta maldito.

– “@#<?!/<¿\*i\*...”

Tenía muchas pistas, era cuestión de organizar e investigar. El piano le había pertenecido a un familiar de Enrique Amorim; Un gran escritor uruguayo, quién se dice fue su

amante, durante su visita al país. Con él, recorre las playas de Atlántida, y otros lugares de Montevideo, con encuentros literarios y recitales de piano. Solo me faltaba una pregunta:

– “¿Cómo fue tu muerte?”

– *Política<#@?!... Preferencias...<@#<?!?...  
Fusilamiento<#@!\**...

*“Pero que todos sepan que no he muerto;  
Que hay un establo de oro en mis labios”*

– Mencionas siempre el amor, la muerte, el dolor.  
¿Fue compleja tu vida?

*“Y en las ondas oscuras de tu andar  
quiero ,amor mío, amor mío, dejar,  
violín y sepulcro, las cintas del vals”.*

– “Siento que mi cuerpo es tu espejo”.

– *“Como mi corazón,  
así tú  
espejo mío  
jardín donde mi amor me espera”.*

—¡Aló!, ¿hablo con la inmobiliaria?, soy Rafael Lares  
quiero comprar la casa de la playa que tengo en alquiler.  
Dos años después

—“Esta noche señoras y señores, nuestra reconocida editorial, tiene el placer de presentar la última novela de nuestro famoso escritor Rafael Lares, quién invita con esta lectura a mirar más allá de la retina, hasta desnudar la palabra, y encontrar detrás de cada metáfora de vida, el cuerpo perfecto para amar, a través de esta novela negra que lleva por título”:

*“Mi maldito amante”.*

—/ + @ & \* ... # < ? *Si tú eres el tesoro oculto mío,*

si eres mi cruz y mi dolor mojado,  
si soy el perro de tu señorío,  
no me dejes perder lo que he ganado  
y decora las aguas de tu río  
con hojas de mi Otoño enajenado  
\*%&@#...Poeta y dramaturgo

Granada 1898-1936...@#€]\*%<

**-FIN-**

EL CUARTICO  
ESTÁ IGUALITO.

# EL CUARTICO ESTÁ IGUALITO

---

por Bartolomé Cavallo

**D**éjame que te coloque la canción de Mundito Medina, inmortalizada por Panchito Riset, El Cuartico, para que te des cuenta de que estoy cumpliendo tus deseos; que también son míos, en estos terribles momentos, cuando ya sabes el diagnóstico. ¿Por qué ríes así? Tú no tienes razón / para amargar mi corazón...y te la pongo tantas veces como la creas necesaria; ahora que los médicos me confinaron en este espacio. El cuartico está igualito, las lamparitas de noche en la mesita; los cubiertos en la despensa; las flores sin el agua, porque el tiempo se encargó de lo demás.

Ya sé que Panchito Riset no es Mozart, pero es lo único que me ata a algo sólido, a algo que me alarga este penoso tránsito entre dos amores que se bifurcaron como el río cuando se enfrenta al mar; y no es porque uno es más grande que el otro, no, es porque uno es salado y el otro dulce; la pregunta es quién es el dulce y quién el salado. Yo me siento algo dulce;

no sé cómo te sientes tú; con la distancia, con el frío y con los recuerdos en el armario de la conciencia.

Aquí en el hospital, la vida, bueno, si esto se le llama vida, es totalmente diferente a la de allá afuera. Los compañeros, eso sí, aquí todos somos compañeros, cada uno con sus historias y cada quien debe contar la suya en la noche; es algo así como una terapia, pero lo hacemos en forma de juego. Las carnes y las pústulas se confunden, los cuerpos están cubiertos de putrefacciones, que aunque ya nos acostumbramos, todavía se siente el hedor a mortecina. Los excrementos se limpian con agua y un balde, aunque esta tarea la realizan los encargados; los servidores públicos.

Como te decía, aquí nos contamos nuestros encuentros, algunos furtivos y otros tormentosos, y no te voy a decir cómo te describo porque te vas a afectar demasiado. Lo que debes saber es que te recuerdo en medio de los olores nauseabundos, en las costras escrofulosas que se caen sin uno darse cuenta, en los efluvios que van y vienen dependiendo del poco aire que entra por ese espacio que parece una ventana; no como nuestro cuarto que dejamos sin tocar, como el juego de los infantes: el “paralizao”, ¿Te recuerdas? Un...dos... tres...y a quien se tocara se paralizaba hasta que un amigo lo “desparalizaba”. Pero eso eran juegos, ahora no.

Te voy a describir el parecer de algunos de mis nuevos amigos, bueno los que van quedando, porque ya varios están en mejor vida; así es, después de este infierno cualquier lugar es una regalía. Si tú estuvieras aquí, me estarías leyendo la Divina Comedia, por aquello de tu afición a leer los clásicos y no a Panchito Riset. Y también por lo del infierno de Dante. ¡Pero cómo me hace vivir Panchito!, su cadencia, sus frases cortas y bien pronunciadas: *El cuartico está igualito*.

Oye a Emmanuel, ya casi no emite sonidos; perdió las cuerdas sonoras, bueno las vocales. Su mamá después que se metió a testigo de Jehová no quiso saber más de él. Emmanuel no se llama así, su verdadero nombres es Luis Ernesto, pero su mamá cuando abrazó al Señor, lo comenzó a llamar así. Siempre fue un estudioso, se graduó en el tecnológico en informática y trabajaba en una empresa. Se daba con todo el personal y no había un sarao en que no estuviera Luisito metido; el pobre se enamoró de un bicho que estaba contaminado y también lo contaminó. Ahí está, solo, sin la madre porque ella no lo acepta así. Dice que es culpa del demonio y él verá como hace.

También está Pablo, un tipo de La Cooperativa que al principio la familia tenía algo de dinero y él se crió en ese ambiente y como el padre lo complacía en todo se fue metiendo en líos de falda. Después se pasó para el otro bando, regresó



y volvió, hasta que un día se comenzó a enfermar. La familia perdió lo que tenía, el padre se fue a buscar dinero y más nunca se supo de él. Pablito se enredó en las drogas, se hizo chulo, fumón y ¡mira cómo está! Aunque la familia lo viene a ver, lo hace solo para verlo morir; y ya le falta poco.

O Cleo; bueno, no vamos a familiarizarnos con ellos ni a hacer sus árboles genealógicos, solo te los relaciono para que veas a mis amigos y a mis amigas sufriendo conmigo. Cleo se enfermó como dice ella: *No sé quién fue*. ¡Claro! ridícula, si cada noche te rondaban todos los del barrio; y ya ves que algunos se marcharon; allí, en esos que se fueron debe de estar tu sica. Ahora solo queda que la muerte te visite, que tú hagas los célebres manchones en las paredes cuando intentes agarrarte y que aparezcan los servidores públicos con sus camillas ya deformes de los tantos y tantas que han sacado y al final la tumba sin nombre.

Aunque no te voy a importunar con las vidas de mis amigos y mis amigas; total, desde que estoy acá ya se han llevado a 11. Simplemente se mueren. Este lugar es el verdadero fuego eterno. Somos los recogidos. Los desahuciados de la Tierra, como lo dijo alguien. Estamos en el piso ocho; que cuando esto se dice, a las gentes se les pone la carne de gallina. Hablar del piso ocho es sinónimo de muerte. Pero de una muerte sin apuros; nadie pregunta si se salvará, porque nadie

se ha salvado. Aquí solo es esperar, ver el techo, oír los lamentos y ya. El resto lo hacen los trabajadores. Dejan el espacio y enseguida viene otro u otra.

No hay visitas o solo las más necesarias; ni regalos, ni adornos, solo los jergones con cartones, ¡de los que vienen los medicamentos genéricos!, esos que manda el Ministerio de la Salud. ¡Entérate!, ya sé decir hepatotoxicidad, sin que se me enrede la lengua o hiperlipidemia o lipodistrofia; total, son todas enfermedades que yo sé perfectamente que tú no querrás escuchar, por eso marcaste la milla, como dicen en el barrio. Espero que como el gran Panchito: *Tú sabes que te quiero / y que en el cuartico espero / llorando por ti.*

Todo lo que pienso lo estoy escribiendo en este diario, que es más bien, un recetario o más específicamente, un cancionero. Como lo hizo Francisco Hilario Riser Rincón, que para más señas, será recordado como Panchito Riset, y esa canción que te mortificaba tus gustos, porque decías que era muy ordinaria, y mira cómo estoy ahora, en este cuartico; sin aire, sin aliento, sin cuadros, solo la compañía de los camaradas, los que ya están cubiertos por la piel y son prácticamente una radiografía.

¿Por qué no vienes a mí? / El cuartico está igualito / como cuando te fuiste. Y tú te reías, mientras yo lo tarareaba, y pensando ahora que todo está igual allá afuera; tú, paseando

en cualquier Centro Comercial de España, donde tu familia te mandó hace ya bastante tiempo; bueno, un año para ti, no es nada, pero aquí es el tártaro, como ya te lo había dicho; yo, solo, melancólico, aterido, con los ojos extraviados, sin poder dormir; pero tu cuartico está intacto, como lo dijo Riset: *El Cuartico está Igualito.*

No me vayas a enviar alguna postal, de esas que venden en los aeropuertos, esas donde se ven los paisajes casi naturales, porque no lo voy a soportar. Desde aquí no se divisa ningún paisaje, solo las paredes blancuzcas, con rayones y las marcas de las manos de los compañeros, que se apoyan en ellas para no caerse. La limpieza la realizan los señores encargados de ese oficio, una vez cada vez que se acuerdan; y no es una limpieza como yo lo hacía en tu cuarto, donde se removía cada objeto minuciosamente; se le quitaba el polvo y se rociaba con *pride*, de manzana, sí, no se me puede olvidar. Aquí la limpieza se hace con un tobo, jabón y ¡apártense!

Déjame anotar aquí, en el cancionero, por si alguna vez lees esto, cómo es este espacio: "...es un cuarto grande, dentro de un hospital, donde caben por lo menos unos treinta compañeros, con jergones sin camas, sin lencería, todos los residentes están solos en el mundo, sin nadie que te tienda una mano. Las paredes fueron blancas cuando inauguraron el hospital; el piso ocho es el más despreciable y despreciado."

Simplemente se le conoce como el sidanostro. Suena bien, ¿verdad? Cada dos o tres días, los encargados lanzan baldes de agua al piso y esa es la limpieza. No te puedo describir el olor, porque nunca antes había estado en un sitio así. Somos los descuidados del universo. Hoy estoy creativo: ¡Los descuidados del universo!, la otra fue: ¡los desahuciados de la Tierra! Déjame ver si invento otra: ¡los desperdigados del cosmos! Bueno esa no es muy creativa que digamos.

¿Que cómo llegué a aquí?, bueno, es una historia muy larga, pero lo resumo así: después de que me comenzaron a salir las verruguitas, esas, que tanto te alarmaron, esas, que hicieron que tu familia te mandara para España; bueno, cuando me fui enfermado y los ahorros se acabaron, los amigos desaparecieron, entre ellos tú; las medicinas ya no se encontraban, y un buen día, amanecí aquí. Hay veces en que estoy lúcido, como hoy; otros, que no me encuentro; pero en lo que llevo aquí, que es exactamente cuatro meses y nueve días, sí, que lo llevo apuntado. Por eso te digo, que el cuartico está igualito. Nadie ha entrado ni salido. De aquí ya salieron 11 como te apunté más arriba.

Aquí en el sidanostro, los días no se diferencian de las noches; todo es igual, los lamentos, los aullidos, los retorcijones, los nuevos residentes y los que terminan sus horas boqueando, algunos arrepentidos y otros hieráticos, con la vista en el

techo como buscando palpitaciones de alguien a quien contar su situación; no hay culpables, solo recuerdos y hechos cotidianos; muchas carnes, cuerpos apolíneos, otros mal formados, sin distinción; en las camas no hay reparos, ni conjeturas, ni calambres que me impidan el gozo, el disfrute terrenal, la tempestad y después, el silencio, la sordina, las naves quemadas delante de la bahía, el último de nuestra generación.

Te voy a colocar otra parte de la canción, aquí en el diario, para ver si a la distancia, te puedes acordar de mí: ¿Por qué no vienes a mí? / El cuartico está igualito / como cuando te fuiste / La luz a medio tono / la cortina bajita / como tú la pusiste. Y no importa que no esté actualizada, que hiera y corte las venas; total, cuando uno cumple los 29 añitos, ya nada es actual. Así estás tú, con tus 34 cumplidos en el frío, abrigado, caminando solo, porque sé que estás solo; tu familia te separó de mí para que te murieras a lo grande, en la Mae Patria, sin que el resto de los tuyos se enteraran. Estamos contaminados los dos, pero tú allá y yo aquí. Sin poder entrar al cuartico que dejamos como una fotografía, de esas que se sacaban en los años 50, donde todos se paraban a esperar el resplandor del flash.

Anda y trata de opinar; de decir algo por ti mismo, reclámales a tus hermanas... ¡Te das cuenta!, ya ni eso puedes; porque tus recuerdos no te dejan, fue mucho sudar, salivas, clamores,

jamaqueos y comparsas para que lo olvides. Porque este cuer-pito no será fácil de olvidar; y tú lo sabes y lo saben otros tanto; las correrías en el malecón, las fiestas en casa de los Aparicio, los disfraces de carnaval, las tómbolas y payasadas en el Bar de Manuel, y tú, risa a todo desternillar y ¡Cállate que nos van a descubrir!, y el resto que es pasado, tumulto y cuartico sin desenfundar.

O solo recuerdas la algarabía de tu mamá cuando se enteró que yo estaba infectado; que posiblemente tú también lo estabas, como se descubrió en España; que nuestras sangres entablaron un pacto, como ese de las películas de los apaches que vimos en el cine. Porque toda tu familia se movilizó, tus hermanas, el novio de Lucrecia, hasta tu padre, que ya no vivía con ustedes. Fue fácil reunir el pasaje, los gastos médicos de los primeros meses, la habitación en el piso, como lo llaman allá y después; dime: ¿No ha sido la misma soledad de este cuartico? *Tu retrato con flores / Porque aquí tú eras Dios / En este altar sagrado / donde te espero yo.*

Y no me vengas ahora como el cuento de los Capuleto y Montesco o como te gustaba decirlo tú: Capuleti e i Montecchi; claro, eso era para lucirte delante de los ignorantes, de los boca floja del tecnológico, de los pendencieros que mero-deaban el Ateneo, de los agrestes cachapeadores, pero tú no; tú le llevabas ventaja porque tu pasantía por el modelaje los

dejaba atrás; tus lecturas de los clásicos, esos que me inculcaste y que peleaban con mis gustos de barrio porque Panchito Riset era muy vulgar. Claro, delante de Édith Piaf, cualquier cantante popular es un babienco. Te voy a escribir un pedacito para ver si te atreves a cantarlo: ¡Claro! en francés: *Quand il me prend il me prend dans ses bras. Il me parle tout bas. Je vois la vie en rose.*

¡Ay!, en este instante se acaba de morir uno de los últimos que trajeron. El pobre debe de ser que no resistió la osamenta, las venas a flor de piel, las costras descascaradas por todo el cuerpo, el aliento mortecino que arreó desde la calle y en estos casos es preferible el más allá, si es que no hay un más acá. No voy a decir su nombre porque no lo conociste y yo tampoco; pero no fue nadie en especial. Algún mariquito de barrio, como yo, de los que se la pasan caminando por la avenida Bolívar, de los que reciben todos los insultos de los que pasan a sus lados: ¡Ese marico sí está feo, no es mujer ni hombre!... de esos que no reparan; de esos que nadie ve por ellos; de los que nacieron solos y solos se van. No como tú, que siempre fuiste selectivo; tus amantes tenían que pasar por el tamiz social, por los libros del realismo mágico primero; de Cortázar, Borges y el Gabo después y ¡Lo que me extraña es porqué me escogiste a mí!, si yo vengo de allí.

También me pregunto, por qué te separaste de mí. Porqué no pudiste decirle a tu familia que yo era tu vida, que el pacto de sangre fue más real que las películas, que tu cuerpo era mi cuerpo y que mi enfermedad era la tuya; ¡por qué no me llevaste contigo! Hoy estaríamos paseando por España, como lo hacíamos en Maracay, sin pena de lo que dijeran, sin importarnos nada de las risas, de los comentarios, del cuartico. *La radio está en el sitio / donde tú la pusiste. / ¿Te acuerdas?/ junto al nido donde mi amor te di.*

Pero no me importa; me quedan los recuerdos y aspiro que tú también los conserves, las caminatas en la mañana, las tertulias en las tardes, los conciertos los sábados antes de tomarnos unos tragos, tus eternas peleas con tu familia por lo nuestro. Y ya vez con qué me pagaste; huyendo a mares allende, como decía el poeta; posando ante el miedo, como si el amor no tuviera miedo; porque para amar hay que tener mucho miedo. Miedo de dejar, miedo de tener, miedo de ti y de mí; miedo de que la pasión te consuma y ya tu cuerpo no es tu cuerpo; miedo de convertirte en un ser transfigurado, arropado por los convencionalismos, incapaz de ser una trilogía de alma, cuerpo y querencia.

Por todo esto, escribo para ver si algún día te dignas a leerlo...ah, y no se lo des a tu familia. Deja que tus hermanas



se solacen con los cuentos. Te aconsejo que tú también escribas porque estás tan solo como yo. No te das cuenta que aunque estés en Vigo, estás íngrimo, con las alforjas vacías de sentimiento y llenas de hipocresía, sin la caricia en el pelo por las noches, el hielo temprano los domingos, el periódico en su sitio, el pan tostado en las tardes. Te dejaron a la deriva como las aves cuando van en contra del viento, como los circos pobres que no tienen público, como los equipos de fútbol cuando van perdiendo.

Ya vez, la vida es una ruleta rusa; que podría ser húngara, vietnamita o de cualquier nacionalidad; el punto es que debes permanecer la mayor parte del tiempo en lo alto; como cuando vivías conmigo, y no quiero ser cínico; no ahora que el tren viene con la cabeza hacia abajo. Para mí es lo último, no hay problema; pero para ti, cuando sepas que ya los encargados de la limpieza aquí en el hospital, me arrastren como las reses en el matadero; ¿Verdad que vas a sentir un friíto?, algo anegadizo que te envuelve todo, gotas de sudor en medio de las sienes, la sangre como que es más espesa, las piernas en un continuo zigzag, la visión escurridiza, los recuerdos también escurridizos y yo esperándote. Y el cuartico esperándote. Y Riset esperándote.

No voy a revelar tu nombre para no mancharte. En Vigo nadie sabe de ti y por eso crees que te ocultas como los animalitos

en los mogotes orilleros; pero el cuerpo pide y sabes a lo que me refiero. ¿Le vas a decir la verdad como me la dijiste a mí? Cuando dabas vueltas como los gavilanes antes de atacar, y la pobre palomita temerosa protegiendo su nido y tú como pajarraco en picada; y yo sabía lo que te proponías; y me decía: por ahí anda ese, calladito, sin brújula, pero yo soy el Norte y tarde o temprano esa agujita tendrá que apuntar al faro, que soy yo y después la consumación; el pocito de agua, la vela derretida, y el cuartico. Bueno, *el cuartico está igualito / como cuando te fuiste / y siempre estará así / como te gusta a ti.*

Hoy creo que ya mis fuerzas me abandonan; he sufrido mucho para mantenerme sobrio y que las manos no me tiemblen y poder escribir estas reflexiones; bueno, no sé si lo son o para ti sí lo serán. Ya veo las manchas en las paredes y trato de descifrar los jeroglíficos que hacen los internos al arrastrarse y dejan los misterios chorreando saliva, sangre y gargajos verdosos; las moscas también participan y los olores, que ni te digo. Tú, que siempre usabas ambientadores al menor rastro de humo y olor. Si estuvieras aquí, seguro que te desmayarías. Pero como en Europa no hay estos vapores, espero que estés en este momento respirando los aromas de La Ría de Vigo, como me lo dijiste en tu última carta que hace bastante tiempo que no escribes.

Cuando nos ponemos a describir nuestros juegos, yo digo que tú estás trabajando en Panamá, como caletero, buscando dinero para sacarme de aquí; y todos se quedan extasiados, acurrucados, oyendo mis historias de ti, y todos se imaginan que tú eres un ser extraño, casi sobrenatural, que yo sí he tenido suerte en el amor, no como ellos que son unos cusurros en el arte de las lenguas y la saliva; se imaginan que tú vienes nadando con el dinero entre la boca para que no se moje; que en cualquier momento tú te aparecerás en la puerta como los héroes intergalácticos y me llevarás en un caballo blanco en medio de la soledad.

Lo que no saben es que Panchito está cada vez más presente en el cuartico que dejamos.

Tu amigo, Pedro Luis.

**-FIN-**

EL TÁPIZ  
DE MI PIEL.

## EL TÁPIZ DE MI PIEL

---

por Obdulia Viera

**A**y! Ay! El pinchazo de la hipodérmica le decía que aún estaba viva. Aquél día había nacido de nuevo. –que mal momento he pasado- ¡Dios mio, para que me quieras aún aquí!se preguntaba Ivanna.

Todavía estaba bajo los efectos de la anestesia, y no lograba aclarar bien su mente. Aquél pinchazo! Aquél pinchazo,le recordaba el de su primer tatuaje, con el nombre de su primer amor, el nombre impreso de su primer amante, que volvía a aparecer entre las nebulosas de su cabeza. El comienzo de su cuerpo- enciclopedia. Tantos nombres tatuados, como amantes había tenido. El tápiz de mi piel, -pensaba-.

Pero que sucede? Qué me sucede? Su mente intentaba armar el rompecabezas: la oscura calle, la acalorada discusión con su amiga, ¿con su amiga, o con su amante? El chirriar de cauchos, el fuerte impacto al atravesar la calle,... Esa repenti-

na neblina cayendo ante sus ojos, y luego, luego, la total oscuridad. Todo ocurrió tan rápido.

Ivanna, sentía hundirse en el más profundo de los sueños.

\_Ivanna! Ivanna! Niña ven, tu papi te llama, ven- y atravesando el hermoso jardín, corría al ras del viento, sintiéndose flotar entre el aroma de las flores.

La oscuridad se hacía total; sólo el aroma de las flores, le hacía sentir que todavía estaba ahí, en algún lugar, que no la dejaba alejarse a un no sé donde.

Siempre el aroma de las flores. Era como el hilo que la mantenía atada a un pasado no muy feliz, por cierto; pero que servía de vaso comunicante entre el ayer, y, el ahora.

Nunca le despertó su curiosidad conocer que tipo de flor era su favorita, o cual era de su preferencia, le daba igual, mientras mantuvieran su aroma.

¡Papi! Papi! Te quiero mucho. Realmente su padre había sido el único hombre a quien había amado. Vendrían luego, los amores, muchos amores, diríase que demasiados para su tan corta vida.

Aún percibía aquél olor, aquél perfume de las flores, entremezclado con el repelente olor de hospital. Aquella gota de sangre -secuencia del pinchazo- rodando sobre su piel y que corría a la par de las nebulosas de su mente. Su primera menstruación. Un nuevo nombre, un nuevo amante. Una nueva ilusión, que se desvanecía con la aparición del otro, un nuevo tatuaje.

Su padre también la amaba; y, mamá ¿porqué mamá, siempre tan esquiva?

La luz se extingue, me sumerjo en la oscuridad, sólo me reaviva el pinchazo, los olores rancios de medicamentos, el olor de las flores. Flores para mi mejor amiga, en su dolorosa despedida. La quería, la amaba y mucho; realmente, fue un amor verdadero y compartido, pero, la injusticia y la crueldad de quienes la rodeaban y decían también amarla, fueron más fuertes; no supieron entenderla, menos comprenderla, el día que mi amiga decidió decir su verdad, el momento en que comprendió que lo mejor era asumirse ante todos, tal cual como era en su condición. Había nacido él, pero toda la vida fue ella. Y así murió, siendo ella en el cuerpo de él. Una vida martirizada por cuestiones de la genética; pero, peor aún, por cuestiones de la “moral” social. Intento recordar en que lugar de mi cuerpo guardo su nombre. La blanca cortina me envuelve. Mi cabeza da vueltas.

Que alegría me produjo encontrarme con mi amiga aquella tarde. Tarde jubilosa. Su declaración de amor, casi pública. Hacía tiempo que también la amaba en silencio; ella tenía compañera y parecía imposible llegar a algo, pero sucedió, y cuando menos lo esperaba. Fue hermoso. La emoción enorme. No logro recordar como pasó y que lo produjo. Simplemente sucedió.

Comenzamos a caminar, nos tomamos de las manos, bajo la mirada curiosa y acuciosa de la gente a nuestro paso. Ya casi oscurecía, y la niebla y el frío, se dejaban colarentre los vericuetos del parque. Me sentía feliz, como nunca lo había sido. Repentinamente, comenzamos a discutir por algo sin importancia, tal vez, pero que fue tomando cuerpo; no recuerdo. No logro pensar, mi mente me engulle.

Mamá vuelve a mirarme de reojo. Siento su desprecio a flor de piel. Nunca fue clara conmigo, reprochando mi comportamiento en silencio. Su odio desde el momento en que me encontró- en el baño de la casa-, besándome con mi compañera de clases, el día de mi décimo quinto cumpleaños. Un portazo y su marcha apresurada. Nunca más volví a saber de mi madre.

Las imágenes se entrelazan. Mi cuerpo danza entre las blancas paredes, todo alrededor se hace cómplice de mi aturdimiento. "El ardor entre las sábanas". Mi primera vez en



brazos de otra chica, que increíble, tantas sensaciones juntas, jamás sentidas. Mi primer gran beso apasionado. Siento que todo gira y mi corazón se acelera; un estruendoso ruido se deja escuchar, viene de la calle, me asomo a la ventana, y la brisa levanta mi ya alborotada y ensortijada roja cabellera; atino a ver la gran la muchedumbre que avanza. Una gran concentración. La comunidad, la gran Hermandad LGBTI. Una algarabía ensordecedora. Banderas ondeantes, los saludos cariñosos entre l@compañer@s, los abrazos, los besos, el bullicio de los aplausos. Pero, también las silbatinas e improperios de los ignorantes, de los que se niegan a reconocernos y a reconocerse; cuántos de ellos sin salir del bendito “closet”, como dicen por ahí. Las risitas nerviosas de los que todavía se niegan a mirarse en ese espejo. Miro las calles abarrotadas de afiches y pancartas, alusivas al gran acto en reclamo a nuestros derechos; sí, a nuestros derechos a ser respetados en nuestra identidad; a que no se nos discrimine con tantos y malsanos prejuicios, por una sociedad llena de tabúes y falsas creencias, y que se justifica aduciendo una moral, que deja entrever las falsas costuras por doquier.

Intento salir del laberinto, oh! dulce espuma que empapa mi piel e intenta borrar mi memoria corporal, imposible! Cada nombre impreso en mi piel, es una historia única, al igual que la brisa que pega en mi rostro desde la ventana, y, que ya no será la misma de mañana.

Busco asentar mis pensamientos, y una ráfaga de viento, impregna mis sentidos con el olor de las flores. De nuevo el olor de las flores, que me mantiene entre el pasado y el presente y que no me deja partir.

Siento voces a mi alrededor, casi susurros, y ya el repugnante olor a alcohol y medicamentos, revuelven mis vísceras, las náuseas no se hacen esperar; todo se hace torbellino, y yo soy el centro. Me revuelco entre mis sábanas. Mamá me observa, desde el otro lado de la ventana.

Mamá, con cierto desdén, me observa desde el otro lado, lo sé. Su mirada me acecha, me interroga, me escudriña. La presiento, cerca, muy cerca. Siempre ha estado ahí, en la otra ventana, viendo mi vida, al acecho de mi partida; sólo que esta vez, volví a fallar en otro intento de cambiar de plano.

**-FIN-**

EL UNO  
Y EL OTRO.

# EL UNO Y EL OTRO

---

por Aisak Ovalles

**E**ste cuento no es como cualquier otro; este cuento no tiene un heroico príncipe, malvado villano o indefensa princesa. Este cuento se narra en un colegio común y silvestre, en pocos días y sin final.

Todo comienza en una dinámica propuesta por el comité estudiantil del último año de bachillerato, donde **El Otro** era el delegado y encargado de la actividad. Ahí se tenían que simular debates en temas sociales y realizar políticas públicas para la protección de los derechos humanos de estos pueblos disidentes. **El Uno** era un nuevo estudiante y sin querer tuvo que asistir a dicha actividad; el tema central: Derechos de la Comunidad Sexo Género Diversa.

La actividad comenzó y todo fue fluyendo de acuerdo a lo acordado, debates iban y venían, opiniones se encontraban y las tensiones subían la temperatura. Sin embargo, la atención de **El Uno** permanecía inmersa en las canciones que cantaba

mentalmente para contrarrestar el fastidio que sentía al estar ahí. Fue el discurso de **El Otro** que rompió con esa burbuja:

Debemos crear movimientos sociales para captar personas y formarlos en materia política para convertirlos en nuevos líderes y garantizar un colectivo fuerte y abundante.

A lo lejos se escucha una intervención clara y tajante.

¿Cómo lo piensas hacer?

Hubo un silencio lleno de tensión y todos voltearon hacia atrás. Era **El Uno** que había reaccionado y se disponía a debatir.

¿Disculpa? – Dijo **El Otro**.

Sí. ¿Cómo lo piensas hacer? Yo entiendo perfectamente lo que estás diciendo y de verdad estoy de acuerdo contigo... Pero...

¿Pero qué? – Le refutó tajantemente **El Otro** a **El Uno**.

Pero ¿cómo pretendes combatir la apatía? Mira, yo soy nuevo en este colegio. Soy abiertamente Gay al igual que tú. Pero somos los únicos que estamos en esta reunión en donde “supuestamente” se están creando políticas públicas para nuestro beneficio... y ¿dónde están los demás? ¿o es que acaso somos

los únicos maricos que existimos en este gran colegio? No lo creo... ¡y ahí es donde está el problema! A ellos no les interesa. Esta sociedad nos ha invisibilizado tanto que nos ha hecho pensar que exigir nuestros derechos está mal.

Inmediatamente el silencio se apoderó nuevamente del salón y todos miraron a donde estaba **El Otro**.

Ajá y qué propones – Le respondió ya con un tono de calma, gusto y curiosidad.

La verdad no sé, tú eres el experto en crear políticas y hacer política. Yo simplemente quiero ser artista. Lo que sí sé es que el arte transforma, sensibiliza, educa, crea disciplina, sentido de pertenencia, criterio y borra la desidia e indolencia.

Sonó el timbre interrumpiendo el discurso; era la hora de almuerzo y como si nada hubiera pasado, todos los estudiantes salieron del salón. **El Uno y El Otro** se miraron por un segundo, **El Uno** agarró su bolso y salió del salón. **El Otro** le siguió con la mirada, pensó y sonrió.

El tiempo pasó y cada cual entró a sus respectivas clases; **El Uno** salió 5 minutos antes de su hora y de inmediato corrió a su casa. Quería llegar y buscarlo. Sí, le había parecido guapo a pesar de lo odioso que se había comportado. **El Otro** pensaba

en lo que había pasado, estaba sorprendido, pero a pesar de todo, le había gustado.

Después de una larga caminata, **El Uno** llegó a su casa, se conectó a internet y de inmediato empezó a buscar a través de la página del comité estudiantil del colegio el nombre de **El Otro**.

Lo buscó por Instagram y no podía creer lo experto que era consiguiendo personas en redes sociales. Al abrir su perfil se dio cuenta de que estaba privado y después de pensarlo tres veces... le dio "Follow".

Algunas horas pasaron para que el "*Followback*" se hiciera presente y desde que **El Uno** le escribió a **El Otro** comenzaron a platicar. En los días siguientes cuando se topaban en el colegio sus conversaciones giraban en torno a la comunidad LGBTIQ (Lesbianas, Gay, Bisexuales, Transexuales, Intersexuales y Queer), colegio, actividades, planes, estrategia. Todo con mucha formalidad y lejanía.

Entre tantas ideas a **El Otro** se le ocurrió crear un club LGBTIQ para promover actividades culturales y académicas en el colegio en pro a que los estudiantes pudieran participar y así obtener beneficios, como una beca para estudiar en ciertas universidades. **El Uno** inmediatamente le participó su apoyo, quería ayudarlo pero también quería estar cerca de él.

Un día **El Uno** se armó de valor y le escribió a **El Otro** con la intención de romper el hielo y las formalidades. Poco a poco la conversación fue fluyendo y pasaron de sus gustos, hobbies a lo que harían luego de graduarse y otras jocosidades más. **El Otro** empezó a abrirse, mostrando interés por **El Uno**.

Entre anécdotas, ambos decidieron verse en la plaza que está en la parte de atrás del colegio, después que terminara la primera jornada de clases. Una taza de café los esperaba y la emoción les invadía.

Sonó el timbre a las nueve de la mañana en punto, **El Uno** salió del salón corriendo, él siempre llegaba tarde a todo y ésta vez tenía que ser la excepción. Por otro lado, **El Otro** iba evadiendo las preguntas de su amigo Marco, que siempre lo acompañaba a todos lados. Tanta era su insistencia que tuvo que decirle la verdad, Marco lo entendió y lo dejó en paz, pero sin antes molestarlo con “¡Eso! Tienes una cita con un artista, jajajaj”.

**El Uno** llegó y no había nadie. Sintió escalofríos y por un instante pensó que no vendría; respiró se sentó en uno de los banquitos y con sus audífonos se dispuso a escuchar música y murmurar canciones mientras esperaba la llegada de **El Otro**. Pasaron unos minutos cuando sintió una mano en su hombro, se quitó sus audífonos y volteó.



Hola Adrian ¿cómo estás? Disculpa por hacerte esperar, espero no te molestes.

Tranquilo Antonio, no pasa nada.

Se miraron y sonrieron...

Hablaron, rieron y se miraron... Se miraron, rieron y hablaron.

Después de ese encuentro ambos sintieron una conexión grande, ambos entendieron lo que pasaba, pero ninguno dijo nada.

Quedaron en verse al terminar las clases para organizar una actividad del Club LGBTIQ. Al llegar **El Uno** entró al salón y ahí estaba **El Otro** de espalda a la entrada, manoteando y ensayando un discurso que tendría que repetir en el consejo de profesores para defender el club y las actividades que iban a realizar.

El **Otro** no se había dado cuenta que **El Uno** había entrado, este empezó a caminar despacio hacia él, se aprovechó que se había sentado y se acercó a su oído derecho y le dijo susurrando:

Shhhh, calma que todo saldrá bien, yo confío en ti.

**El Otro** se había asustado y pego un brinco a lo que **El Uno** le dijo entre risas:

Estás muy estresado, quédate quieto y deja que te de un masaje.

**El Otro** se sentía nervioso, pero no se opuso, se relajó y dejó que la energía fluyera, poco a poco la tensión fue creciendo y la atracción era innegable. Luego de un rato **El Otro**, sentado de espalda, subió su rostro a donde se disponía estaba **El Uno** dándole el masaje. Se miraron y sin cruzar palabras. **El Uno** se acercó y con un beso se impregnó de **El Otro**.

Pasaron los días, **El Uno y El Otro** disfrutaban de la energía que creaban juntos, reían, salían, se besaban sin importar el lugar ni la hora, se tomaban de la mano y al mejor estilo de Kany García bailaban un blues; aunque **El Otro** era sordo y tieso para la danza, **El Uno** hacía que juntos bailaran un *Pas De Deux* hermoso y sublime, perfecto.

Querer es estar donde uno quiere estar y ambos estaban donde querían. Así fueron pasando los días y la reunión con el consejo de profesores había llegado. **El Otro** estaba muy ansioso y mientras esperaba la hora para entrar a la oficina caminaba sin parar de un lado al otro. **El Uno** llegó con un trozo de torta de chocolate y le dijo

Todo estará bien, yo confío en ti, en lo que tienes, en lo que eres y en lo que eres capaz de alcanzar. Tú has podido

levantar un movimiento tú solo y tú solo harás que esto suceda. Así que cree en ti.

Se acercó, le besó y se impregnó de él.

Al cabo de unos minutos la reunión se dio por terminada y no sólo los profesores habían estado de acuerdo con el club y las actividades, sino que los ayudarían también a llevarlas a otras instituciones. **El Otro** no se hallaba de la alegría y al ver a **El Uno** esperando lo primero que hizo fue besarlo y cargarlo frente a todos; recobró la compostura y todos rieron...

Faltaban pocos días para terminar el año escolar y **El Otro** le propuso a **El Uno** ir a un paseo a la montaña. Ambos planificaron lo que cada quien iba a llevar y se dispusieron a subir en el día acordado.

Una vez arriba, comieron, hablaron, rieron y se vieron... se vieron, rieron, hablaron y comieron.

Toma – Le dice **El Otro**.

¿Qué es eso?

Te escribí algo, no soy poeta, no sé escribir y me da mucha pena.

**El Uno** sonrojado se rió y **El Otro** algo molesto guardó el papelito, lleno de vergüenza.

Ven dámelo – Dijo **El Uno** – Eso es mío, así que deja la bobería y dame. Además no me estoy burlando. Simplemente es risa nerviosa, nadie había tenido el detalle de escribirme algo.

Bueno... En realidad no te lo escribí a ti... sino a tu boca  
¿Cómo así? Jajaja  
¡Leelo!

“Tu boca. Esa boca tan sensual, que me provoca besar y me hace delirar. Esa boca que me encanta y no dejaría de besar”

¡Me gusta! – Le dijo **El Uno** con una sonrisa en la cara – Y si efectivamente no sabes escribir, hay un error ortográfico jajajaja

Estúpido

Pero en serio, me gustas.

Tu también me gustas

Y así un beso impregnó de mucha energía la montaña que en ese momento era su confidente, su cómplice, su refugio.

Al día siguiente de aquella cita en la montaña **El Otro** había cambiado drásticamente, ya no era el mismo, su energía

no era la misma. **El Uno** se había dado cuenta pero no quiso decir nada, pensó que eran los finales, el club y el estrés del acto de fin de año. Por ser delegado tenía la responsabilidad de organizar la graduación y la fiesta final.

**El Uno** le dio su espacio y calló su temor; le ofreció su apoyo, lo escuchó el poco tiempo que hablaban, pero sabía que algo pasaba.

Un día al salir de clases:

¡Hola! ¿Cómo estás? ¿todo bien? – Le dijo **El Uno**.

Hola bonito, si todo bien.

¡Ah que fino! ¿Oye escuchaste la canción?

¿Cuál?

La que te dediqué ayer...

Pensativo y mirando hacia al suelo **El Otro** saca una carta y se la entrega a **El Uno**, abra y lee:

Universidad de Los Ángeles, California – **El Uno** continua leyendo la carta. – ¡Hey bonito que fino recibiste una beca! ¿Cuándo te vas?

Dentro de una semana. – Respondió **El Otro**. – Por eso es que me alejé, no quería verte, no sabía cómo decirte que me voy.

El silencio se apoderó de los dos, **El Uno** abrazó a **El Otro**.

Mmmm la verdad no sé qué decirte...Bueno no, si sé jajaja hazlo, vete y que te vaya bien. Siento bonito por ti y por eso no puedo decirte más que desearte las mejores bendiciones. Me duele porque mañana salgo de viaje y no te veré más.

Pero... ¿Y nosotros?

Seguiremos siendo, seremos historia, creceremos y nos seguiremos queriendo; quizás no de la misma forma, no con la misma fuerza pero si nos querremos. El amor es energía y la energía nunca muere, sigue y se transforma.

Te quiero Adrian.

Te quiero Antonio.

Un abrazo sello esta historia sin lagrimas pero sí con un sabor amargo en la boca y el estómago **El Otro** se fue y ahí quedó **El Uno** viendo, impregnado y sonriendo.

Hoy **El Uno** escribe estas líneas y suspira, hoy es probable que **El Otro** lea esto y sonría.

**-FIN-**

MARIPOSA.

# Mariposa

por Carlos Luis Sánchez

---

**L**a autopsia reveló que fue liquidada con el filo punzo penetrante de un calzado rojo de tacón alto (punta de aguja) clavado en su cráneo a través de la nuca a quemarropa, con alevosía. Es lamentable, sí, pero debo contarles que, una chica, una concursante, fue asesinada y yo, soy la única detective con la capacidad para hacerse responsable del caso. Mi nombre es Pepa Sánchez, y, toda encorbatada, con mi camisa blanca, mi sombrero vintage, mis lentes de pasta gruesos y ataviada en mi traje gris que marca distancia y categoría, en este momento me encuentro en los baños del teatro Teresa Carreño, la nueva sede de este importantísimo evento de fama internacional, a pocos minutos de que sea transmitido en vivo a cientos de países. El piso está todo mojado por el agua sucia, mezclada con los orines, el sudor, las lágrimas, la sangre, las heces y los vómitos de las nerviosas aspirantes al título de Miss Venezuela.



Interrogo e investigo a una de las concursantes, la primera chica transexual en entrar a la competición. Está muy afectada, encharcada de lágrimas y mocos hasta las pantaletas, por este crimen. Se rumora que fue la última persona en ver con vida a Ramona Arellanos, participante nacida en Guasdualito y que representaba la banda del distrito capital. Se dice que la vio cortando los tacones de una de las candidatas favoritas del jurado; Yubitsaida Molero, participante originaria de El Tigre y que representa al estado Carabobo. Ramona, al ser descubierta serrucho en mano, salió corriendo, sin saberlo, hacia una muerte sangrienta, horrible y ridícula. Su cuerpo apareció en el baño de hombres.

Los organizadores del concurso me presionan para que no averigüe nada, quieren evitar el posible aumento de la mala fama de este certamen de por sí tan desacreditado, por el reciente escándalo desatado por las detalladas declaraciones de antiguas ganadoras, hoy en día viejas y gordas que lo describen, como una red de prostitución camuflada. También la presionan a ella, a Mariposa Morillo (la concursante trans), para que no declare. La han amenazado entre otras cosas que desconozco, con descalificarla del certamen y expulsarla de la residencia de la institución en la que hace vida con sus compañeras, las otras misses.

No tiene otro sitio donde habitar acá, en la capital, fue rechazada por sus padres y hermanos al abandonar su empleo de mecánico en el taller familiar, por seguir su sueño, aspirar, a punta de bisturí, a la corona y al título de reina suprema de la belleza criolla. Por eso para ella, volver a Casigua del Cubo, su ciudad de origen, no es una opción, mucho menos prostituirse en la avenida Libertador o tener que falsificar sus documentos para tener un trabajo estable, tal vez de cachifa, o quizás de politóloga, haciéndose pasar por una aburrida mujer biológica. No, a ella no le gusta mentir, porque ella, es una chica decente, sigue los preceptos que le enseñaron en la iglesia a la que asistía todos los domingos desde pequeña, tiene un alto nivel educativo y además, por sobretodo, ella, quiere ser una estrella.

Acá, en el sanitario de féminas, hay pisadas negras de mugre húmeda marcadas en el suelo de losas blancas y brillantes, huellas, entre las que seguramente se esconden y se pierden las del calzado asesino, pistas inútiles y efímeras como manchas de petróleo flotando en el mar. Mariposa llora. La interrogo, le hago preguntas; ¿recuerdas el color de los tacones adulterados? ¿Cómo era el vestido de Ramona Arellanos? ¿Cuál era la marca y el calibre del serrucho de la occisa? Pero Mariposa, no quiere cooperar, tiene mucho miedo de las represalias que puedan recaer contra ella y sobre todo contra sus allegados si suelta la lengua. Además, no está en capacidad emocional,

no puede ni pronunciar una palabra, tanto es su nerviosismo, su histeria. Le digo que respire profundo, que retenga el aire, que se tome un trago, incluso le ofrezco darle una clase de yoga gratuita, pero tiembla, está a punto de un desmayo. Lo mejor es irme, dejarla acá sola un rato, hasta que se relaje un poco, que duerma unos minutos en el chinchorro de rayas verde esmeralda y rojo bermellón escarchado que colgó sobre un bidet.

Mariposa aprovecha mi ausencia y su soledad, para introducirse en el cubículo del baño de mujeres que usa como camerino, ante la negativa de los organizadores del certamen de darle un sitio decente donde cambiarse y poner sus cosas junto a las otras candidatas. En rededor de una poceta con manchas entre amarillas y color caca, en los muros falsos, la puerta y en la pared, a puesto fotos de sus artistas y escritores favoritos, Yma Sumac, Esdras Parra, Aerea Negrot, Nacha Guevara, Alejandro Jodorowsky, Marilyn Manson y por supuesto Lila Morillo, su principal inspiración. También tiene allí imágenes con los rostros anonadados, como observándola, de familiares y amigos de la adolescencia, todas impresas en papel fotográfico pegadas con tirro blanco.

Sobre la tapa del escusado tiene un pequeño altar a María Lionza en el que deja ofrendas y en el que a veces reza a las ánimas de sus antepasados indígenas. En ocasiones,

sentada en el escusado, se toca, se masturba recordando las noches largas y enteras de amor apasionado con Gaby, su antigua vecina y ex novia, esa morena rechoncha de pelo azabache que emigró, que se fue hace muy poco a buscar en Europa, no sólo una vida más digna, también un cambio de sexo.

Mariposa tiene el colorete corrido por el llanto, parece un payaso diabólico o el miembro mal maquillado de una banda de metal gótico noruego. De su bolso estampado en animal print, que imita el pelaje de un Jaguar americano, saca un botellón de plástico de esos de agua mineral, está lleno hasta el tope con gasolina rosada y traslucida. Se baña en el combustible, saca también de su bolso una caja de fósforos con el rostro de Simón Bolívar impreso encima, elige una de las 100 cerillas de cabeza roja, raspa la punta contra la lija marrón del lado lateral de la cajita, esta se enciende, mira entre sus ojos la flama azul verdosa, cuya acida luz tiñe su cara de un tono celeste, la mira con miedo y emoción, su rostro adquiere una expresión desencajada. Acerca lentamente la cerilla encendida hacia su coronilla, como si su cuerpo fuese una vela. Entonces, súbitamente, el fuego se esparce y la abraza, arde, las llamas la poseen con rabia y rapidez.

Los baños del teatro Teresa Carreño explotan incentivados por los cientos de milímetros cúbicos de gases gastrointestinales

acumulados en más de treintaicinco años de quehacer cultural. Los inodoros se derriten, los espejos se rompen y por supuesto, el cuerpo de Mariposa, se carboniza. Su alma pura, limpia y cristalina como el agua de manantial que baja del Ávila y que algunos beben con pasión religiosa, llega instantáneamente a las puertas del cielo, expulsada a propulsión a chorro, gracias a la fuerza devastadora de la explosión.

La entrada al paraíso, para Mariposa, es idéntica a la parada de transporte público, que la llevaba de niño con su madre a la casa de su abuela en un pueblito agrícola en el estado Lara llamado Siquisique. Camina un poco en rededor de la plaza cercana de altos araguaneyes, mira la estatua algo deforme del prócer independentista Jacinto Lara que está en medio y entra en una minivan roja que dice “El Paraíso-Directo”. Es la única tripulante por el momento. Se sienta en el asiento del copiloto, sus labios rojísimos y su maquillaje en general intactos, aunque algo exagerados. Su vestido ajustado y amarillo con puntos violeta es despampanante, su cabello es rubio platinado y luminoso.

San Pedro, cabello cano, túnica blanca, sandalias doradas, todo él fluorescente como el sol, hace de chofer. Se le acerca, ella le paga el viaje, confiadísima, con un tiquete universitario, pero él le pide carnet de estudiante. Ella lo busca, revisa su bolso algo chamuscado, lo encuentra dentro de un libro

(el Evangelio secreto de San Marcos), usado como separador. Lo saca y se lo entrega, es el carnet de cuando estudiaba en la facultad de ingeniería de la Universidad del Zulia, en cuya foto, ella, aparece como su antiguo yo; barbita al ras, camisa blanca con rayas celestes, cejas gruesas y pegadas a lo Frida Kahlo, ojos negros, cabello castaño, descuidado y desordenado. El carnet celeste ostenta no solo el escudo de su antigua alma mater, sino también su nombre de bautizo que le pusieron sus padres; Yefferson José Cañizales Guerrero.

San Pedro le dice que no puede entrar al paraíso profundo que merece, hasta que no se descubra quien fue su verdugo, que así son las reglas.

En la entrada al cielo, que es idéntica, con todo y parquecito a la parada de buses, minivans y carritos en la que ella de niño viajaba con su mama a la casa de su abuela en el campo, nuestra anti-heroína, Mariposa Morillo, la primera Miss-trans, se disfraza de hombre. Primero se corta el cabello muy cortito y lo peina con gomina, luego se pone unos jeans rotos a la altura de las rodillas al estilo grunge, mientras guarda su vestido y su bolso oloroso a humo en un maletín marrón de oficina. Esconde sus implantes de seno aplastándolos, casi estrangulándolos con una faja blanca, que a su vez oculta bajo una chemise de gruesas franjas rojas y blancas marca Lacoste. Entonces, camina hacia San Pedro que está muy ocupado

contando el dinero que le han entregado algunos tripulantes que han ido embarcando la unidad de transporte interdimensional poco a poco. Con pasos masculinos, lentos y nerviosos, Mariposa, vestida de hombre le confiesa a San Pedro, empleando un tono de voz grueso, como de bajo ruso, un timbre vocal de macho vernáculo, que él, es el asesino.

**-FIN-**

REBECA



# REBECA

---

por Horahis Suarez

*las Rebecas de mi familia  
A la Rebeca que hay en mí*

*Los únicos hombres que yo deseo tener junto a mí son los artistas y aquellos que han sufrido, los que conocen lo que es la belleza y el dolor. Fuera de ellos, ya nadie me interesa.*

OSCAR WILDE

**T**enía cuatro años, pero lo recuerdo perfectamente. Revive cada noche aquella otra, en que su padre le ordenó que buscara el frasco de vidrio que el Dr. Menéndez había facultado a su mamá. Evoca cómo se cayó y se esparció todo el líquido escaleras abajo.

Si al menos algún golpe fuerte la hubiese atontado... –sentiría menos culpa. El remedio se volcó y ya no podía darle ni una gota a la madre que sucumbía. No hubo reclamos, mas un silencio sepulcral reinó en la casa por días, tal vez meses.

Su padre pereció al poco tiempo y su hermano, César, quedó con la custodia de todos, menos de ella, que fue enviada donde su tía abuela Felicia, quien también falleció al año de recibirla.

Aún ningún hermano le habla.

Desde entonces, Rebeca, lo que ha hecho es servir a otros y guardar silencio. Ya no sabe quiénes son su familia y quiénes no. Para ella todos son iguales: perfectos desconocidos. Bebió agua de charcos, tiritó por falta de ropa, escapó de varios intentos de violencia y abusos, sobrevivió a otros. Consiguió limpiar casas, planchar ropa ajena y cocinar para los demás, al tiempo que se cultivaba intelectualmente.

## **Hoy Rebeca es enfermera.**

### **II**

Un 20 de abril, hace ocho años, se mudó a una habitación del centro. Le pagan bien y además hace horas extras, así que reúne dinero para trasladarse a algún sitio mejor, mientras tanto, se contenta con su actual recinto, asiste al cine, al teatro y

es asidua usuaria de una biblioteca cercana al hospital. La soledad siempre ha sido sumás fielamiga; salvo para preservar vidas o ayudar enfermos, no se interesa en tratar con la gente.

La casa donde se hospeda es antigua, con tejas, imagina que en algún momento perteneció a una familia adinerada. Un muro con rejas muy ornamentadas forma parte de la fachada. Después, el jardín da la bienvenida a la vivienda, que está pintada de verde esmeralda y blanco, un blanco sucio por los años sin atención y por el humo de los carros. Luce cuatro ventanas, siempre cerradas, con un enrejado saliente. Un limonero y un naranjo están próximas a las rejas de su ventana. Puede olerlos, aunque rara vez abre la portilla; prefiere mantener abierta su ventana que da hacia el patio principal, que no tiene rejas.

Su cuarto es medianamente grande con un empapelado rosa y gris, amueblado apenas con su cama, la mesa de noche, una mesa amplia con dos sillas y un armario muy viejo con espejo. El jardín reúne un árbol de mamones del cual la encargada siempre expulsa a los niños que penetran, a la salida del colegio, dos naranjos y el limonero. Desde allí puede verse y sentirse muy de cerca la montaña que rodea la ciudad. Una mata de mangos se encuentra en el primer patio y en el otro hay aguacates, guayabas y varios tipos de flores, así como ciertas hierbas aromáticas. Este patio, que tiene un pequeño jardín y un banco, es muy apreciado por Rebeca.

Ella tuvo una historia de amor, como cualquiera, aunque nada más duró dos meses: un albañil que llegó al hospital herido por un andamio, en agradecimiento por sus atenciones, la invitó al cine varias veces. El último día se besaron apasionadamente en un taxi. Sintió sus toscas manos en senos y cintura. Las margaritas que abrazaba, se desmoronaron, al tiempo que advertía cómo apretujaba su sexo de la forma más deplorable, dolorosa y grotesca.

Un solo grito bastó para que él la soltara. No lo quiso volver a ver.

En las vacaciones nunca visita a nadie, nadie a quien visitar. No obstante encontró una hacienda, en el interior, en donde renta un bonito cuarto, pasea a caballo, habla con un toro que quiénsabe por qué baja el morro al verla, y nada en el río, para calmar el calor del sol inclemente.

El toro tiene un pelaje suave y los ojos más grandes y adoloridos que Rebeca ha visto jamás. De vez en cuando la acaricia tibiamente con su hocico y ella le da agua, porque él permanece amarrado, en forma invariable; una estaca muy grande le impide calmar por sí mismo su sed. Ella piensa que es como un niño gigante: fuerte, tierno y delicado a su vez.

Aquella mañana Rebeca retornaba a su habitación en el centro, luego de refugiarse en la finca del bullicio del carnaval. Acarició al toro, se despidió de Hermoso, el caballo, que consideraba ya un íntimo amigo, y emprendió su caminata hasta la vía para tomar el autobús.

### III

Yo no estaba al corriente de si me hallaba vivo o muerto. No sé cuánto tiempo había pasado después de que el carro de papá se volcara. Mi hermana hacía rato que había dejado de contestar, aunque no podía percibir si aún respiraba. Papá si estaba muerto, lo sabía, porque su cabezase encontraba separada del cuerpo. Todo olía a sangre y a carne descompuesta, las moscas y otros bichos no dejaban de merodear, en todos, y en mí.

Gusanos caminaban por el asiento delantero y yo no podía huir. El dolor, el olor y el asco hacían que me desmayara a cada instante. Deseaba tanto que mi hermanita despertara. Ahora entendía cómo había muerto mamá, tres años atrás.

La voz de mi padre, enojado por mis costumbres, tronaba en mis oídos. Nunca le refutaba, pero ese día le discutí. Su ira hacia mi le hacía perder el control, mirarme con odio y no precisamente por el espejo retrovisor. Dije “perdón” una y otra vez, no obstante, al parecer, ya nadie podía escucharme.

## IV

### **Mi sueño partió de una reminiscencia:**

En aquella estancia vieja, heredada de la abuela materna, en la quietud dominical, mi madre y yo nos rendimos al sueño. Me estrechaba, me sentía indemne. Flora estaba en su vientre.

Súbitamente un escalofrío recorrió mi cuerpo, no podía respirar bien ni moverme, sentí pánico. De rebato salté y desperté a mamá horrorizado. Intuía que ella iba a desaparecer. Despertarla no disipó mi miedo; lejos de recuperar el sueño en sus brazos, conseguí que ambos entráramos en un pavor descomunal. Lloramos ceñidos el uno ala otra.

## V

Rebeca esperó donde siempre esperaba. El transporte demoraba y se dispuso a caminar un poco más. Transitó por la carretera procurando no distraerse aunque era difícil no podía perder el autobús; precisaba estar en el hospital esa misma noche.

Tan temprano y ya el sol quemaba. El calor era intenso y sudaba copiosamente bajo el morral; estaba bañada en sudor. Rebeca pensó que el sol era como una luna llena roja en el cielo blanco. Al apretar los ojos con la cabeza inclinada hacia arriba podía ver la bandera de Japón. Como el río estaba

próximo, se advertían incontables ruidos en los matorrales, serpenteos rápidos o lentos, en una dirección u otra. Siempre quería ver qué bicho era, pero se hacían invisibles.

Sus propias pisadas sobre la hojarasca y el crujir de las ramitas al quebrarse, la asustaron varias veces. Sus ojos se entretenían en los ramajes intrincados, en la lejana, espesa y exuberante vegetación. Sentía afán por introducirse en el monte tupido y saborear el agua del río, desde donde ahora podía escuchar la algarabía de las aves en la orilla.

El autobús arribaba al tiempo que Rebeca descubriría un coche destruido.

## VI

Pude sentir sus manos en mi cuello, también escuché su voz solicitando auxilio. Ella me estaba rescatando; tal vez podría sobrevivir.

¿Tanto demandé misericordia que Dios me redimía?

El tiempo que estuve dormido no es muy preciso, pero puedo afirmar que desperté en un lecho de hospital, velado por doctores y por Rebeca, que no se distanció de mí en ningún momento.

Yacía inmóvil. Estaba todo enyesado y únicamente mi rostro continuaba a la intemperie. Intenté preguntar por mi hermana, mas era imposible emitir palabra alguna: el silencio se apoderó también de mí, como se posesionó de mi padre y de mi hermana. Sentía una mordaza, no podía hablar. Ella me secó las lágrimas y pidió que me aquietara.

Los sedantes me mantenían más dormido que despierto. Un psiquiatra se sentaba a la misma hora, todos los días, en una silla y dormitaba. Rebeca le anunciaba cuando debía marcharse y me aseaba, me platicaba de sus cosas, como presumo que le hace a su amigo el toro.

El tiempo transcurría y, poco a poco me iban quitando algunos yesos. Ya podía hablar, pero dejé de intentarlo, me limitaba a escuchar a Rebeca, a nadie más. Ella comenzó entonces a hacerme preguntas y, queriendo complacerla, fui soltando palabras. Sin embargo, no me atrevía a preguntar por Flora, mi hermanita.

## VII

Un fin de semana que Rebeca libraba, se escabulló de escalpelos y pinzas, y se internó en mi cama para contarme cuentos obtenidos de la biblioteca cercana. También



me confesó lo que yo sospechaba: Flora estaba muerta. Me preguntó si deseaba que citara a algún familiar, pues un trabajador social me contactaría y yo le expliqué que mi padre y mi hermana eran la única familia que conocía.

Además de los cuentos, narramos nuestras historias y lloramos juntos. Prometió ayudarme.

## VIII

Hoy cumpla 14 años. Rebeca me ha obsequiado un cuaderno forrado en tela estampada, una pluma color naranja y una pequeña cámara fotográfica.

Vivo en la casa del centro, duermo en la habitación contigua a la de Rebeca. Pronto nos mudaremos a un sitio mejor aunque éste me ha conquistado. Mi adopción está en trámite pero ella posee mi custodia temporal. Me prueba, con mis costumbres: usar lápiz labial en casa, algún vestido o tacón. Dejará que el cabello me crezca y puedo pintar mis uñas.

Estas vacaciones dormiré en hamaca y conoceré a Hermoso. Quizá pueda soltar al toro que baja el hocico al encontrarse con Rebeca, mi amiga enfermera, que insiste en no saber tratar con la gente...

**-FIN-**

*No soy un marica disfrazado de poeta  
No necesito disfraz  
Aquí está mi cara  
Hablo por mi diferencia  
Defiendo lo que soy*

Pedro Lemebel

